

mando en los territorios hereditarios. Con ello por un lado se renunciaba al restablecimiento del Palatinado, punto al cual tanta importancia se había concedido en las negociaciones con Wallenstein, y por otro se entregaba indefensos al emperador á los silesianos que tan confiadamente acababan de ponerse bajo el amparo del elector de Sajonia. Todas las uniones y alianzas quedaban rotas, y la misma Sajonia renunciaba en absoluto á su independencia político-militar, desde el momento en que asentía á la condicion de que en el Imperio no debería haber mas que un ejército cuyo general en jefe único sería el emperador. Los príncipes y los Estados no podían tener mas soldados que los que exigiera el servicio de guarniciones de sus plazas fuertes, y cada príncipe y cada Estado debería pagar 120 meses segun la matrícula para el entretenimiento del ejército imperial. Obligábase al propio tiempo Sajonia á cooperar á la reposición del duque de Lorena, ó lo que era lo mismo, á provocar una guerra con Francia de incalculable trascendencia, y además á expulsar de Alemania, en union con el emperador, á los suecos que hasta entonces habían sido sus aliados. En suma, los fines que con aquella paz se proponían eran que Sajonia se separara por completo de la causa protestante y que se empeñara en una guerra contra sus antiguos aliados, á cambio de lo cual, fuera de la Lusacia, que ya de hecho poseía desde 1618, no obtenía mas concesion que una suspension por cuarenta años de toda decision en el asunto de los bienes eclesiásticos. Sobre estas bases firmóse en 24 de noviembre de 1634 la paz preliminar de Pirna, á la que siguió en 30 de mayo de 1635 la definitiva de Praga.

Raras veces ha acontecido en la historia que á tan poco precio se realizara un cambio tan radical de sistema. ¡Qué diferencia entre esa paz que era ya un hecho y aquella otra que un año antes se había negociado con Wallenstein! Esta hubiera traído consigo la absoluta igualdad de derechos entre todos los protestantes alemanes y los católicos, mientras que la que se acababa de firmar constituía una traicion á la causa del protestantismo, puesto que Sajonia se contentó con que aun aquellas menguadas concesiones no se otorgaran á cuantos á ellas se adhirieran, sino únicamente á los adeptos á la confesion de Augsburgo. A pesar de que la paz de Praga estaba en cierto modo hecha contra los calvinistas, esperaba el emperador que la aceptaria el elector calvinista Jorge Guillermo de Brandeburgo mediante la promesa de reconocimiento de sus pretensiones sobre Pommerania, si bien para conseguir las tendria que luchar contra Suecia. El emperador queria de esta suerte apartar del lado de sus correligionarios á ese príncipe que era, en punto á poderío, el segundo de los del Imperio.

¿Debia y podia Jorge Guillermo acceder á ello? Tal era la cuestion de la cual dependia el inmediato porvenir del Estado brandeburgués. Durante algunos meses lucharon en la corte de Berlin las dos contrapuestas tendencias representadas la una por los consejeros privados, fervientes protestantes y adictos á los suecos, y la otra por el conde de Schwarzenberg. Era indudable que así los intereses generales del protestantismo como los particulares de Brandeburgo aconsejaban persistir al lado de Suecia, y por su parte Oxenstierna hizo todos los esfuerzos imaginables para que el elector perseverara en la alianza, llegando hasta á declarar que Suecia no se inclinaba á insistir en sus pretensiones sobre Pommerania en perjuicio de Jorge Guillermo. El emperador, á su vez, se ofrecia á reconocer las pretensiones de Brandeburgo sobre aquel territorio; pero si el elector se adheria á la paz de Praga, tenia que disputar á los suecos la posesion de Pommerania, mientras que en el caso contrario esta le sería espontáneamente cedida por Suecia. A esto se agregaba la

consideracion por un lado de lo que aconteceria á Prusia, y por otro de lo que sucederia á las posesiones rhenanas de Brandeburgo, que, si este aceptaba aquella paz, quedarian abandonadas é indefensas á los ataques de los holandeses y respecto de las cuales no estaban dispuestos á dar garantía alguna ni el emperador ni Sajonia, antes al contrario esta parecia querer reproducir sus antiguas pretensiones hereditarias sobre los territorios de Juliers-Cleves. Todos estos puntos de vista de la gran política brandeburguesa, reforzados por la consideracion de los grandes servicios que para la salvacion de la causa protestante había prestado Suecia, fueron expuestos y defendidos con calor por el canciller Gotze, á quien apoyó resueltamente Rumelian Leuchtmar, cuyo hermano era preceptor del príncipe heredero. Pero enfrente de ellos desplegó Schwarzenberg toda su habilidad para inducir al débil elector á que se adhiriera á la paz de Praga, haciéndole ver que si bien era cierto que continuando al lado de Suecia podría quizás llegar á ser dueño de Pommerania, en cambio el emperador, si salia vencedor en la lucha, le despojaría de todos sus dominios. Con estas reflexiones supo amedrentar y envolver con artificios al elector de tal manera que este le envió á Leipzig para que negociara su adhesion á la paz de Praga; pero queriendo acallar su conciencia y tratar de obtener algunas mas concesiones, encargó á su embajador que insistiera en lo del arreglo con Suecia, en la restitucion del Palatinado, en la amnistía general y en la transaccion sobre la cuestion de Juliers, y que solo en el caso de que no pudiera conseguir nada de esto, aceptara la paz tal como se le proponia. Schwarzenberg la aceptó sin haber siquiera intentado obtener alguna de aquellas concesiones.

Esta conducta de Sajonia y Brandeburgo fué la señal para que todos los príncipes protestantes alemanes abandonaran la causa de Suecia que, tales como estaban las cosas, estaba inseparablemente unida á la del protestantismo alemán. En el mismo año 1635 adhirieron á la paz de Praga la ciudad de Francfort del Mein, el duque Guillermo de Sajonia Weimar, los duques de Mecklenburgo, todo el círculo de la Baja Sajonia, y aun el duque Jorge de Brunswick-Luneburgo que hasta entonces había mandado un ejército sueco en la Alemania del Norte. Únicamente Guillermo de Hesse y Bernardo de Weimar mantuvieron fieles á los suecos: la derrota de estos por la superioridad de fuerzas de los imperiales parecia entonces tanto mas segura cuanto que, terminado en aquellos momentos el armisticio de seis años concertado con Polonia, era inminente la reanudacion de la guerra con esta potencia. Así las cosas, Richelieu, que en la derrota completa de los suecos veía la de todo el sistema de su política europea, se resolvió á intervenir activamente en la guerra alemana.

CUARTO PERIODO

INTERVENCION DE FRANCIA EN LA GUERRA ALEMANA
RICHELIEU Y BERNARDO DE WEIMAR (1635-1639)

SITUACION POLÍTICA DE EUROPA EN EL AÑO 1635
POLÍTICA EXTERIOR DE RICHELIEU

Mientras en Alemania las dos opuestas potencias universales sostenian sangrienta lucha que se prolongaba entre las mas rudas alternativas, Richelieu, sin tomar parte directa en aquella contienda, veía triunfar paso á paso la política que con tanto teson desarrollaba. Del mismo modo que en el interior de Francia y enfrente de las facciones de la nobleza,

así católicas como hugonotas, que cobraban nuevos bríos, supo dar á la monarquía una autoridad desconocida hasta entonces, así tambien en su política exterior consiguió poco á poco, y sin necesidad de apelar á las armas, contener la pesada prepotencia de la casa de Habsburgo y ponerse cada vez mas en el puesto que antes ocuparan España y Austria. Despues que en los comienzos de su carrera, merced á la

ocupacion de los pasos alpinos de la Valtelina y merced á la conquista de Pinerolo durante la guerra de sucesion mantuvana y á algunas otras empresas guerreras tan osadas como hábilmente dirigidas, hubo echado los cimientos de su política antihabsburguesa y puesto una cuña entre las posesiones españolas de Italia y las de los Países Bajos, consiguió que otros se encargaran de continuar su política cuyo objetivo



LE GRAND ARMAND CARD DVC DE RICHELIEU

El cardenal Richelieu. Facsímil reducido del grabado de Claudio Mellan (1598-1688)

era debilitar el poder de los Habsburgos. Del mismo modo que en la dieta de electores reunida en Ratisbona en 1630 había sabido aprovechar para sus fines la disidencia existente entre el emperador y la Liga; del mismo modo que allí apoyó eficazmente sus trabajos encaminados á lograr la destitucion de Wallenstein y contribuyó á que el emperador, en los momentos en que sin intervencion de Francia se veía envuelto en una nueva guerra, se privara del único general capaz de dirigirla; del mismo modo tambien en el curso ulterior de aquella lucha supo explotar en beneficio de Francia las derrotas sufridas por el emperador. Ciertamente que poco á poco iban molestando los triunfos que el heróico monarca obtenia porque tales éxitos entrañaban el peligro de que la influencia

sueca llegaria á ser la única dominante en Alemania; pero de estos temores que le inspiraba el «rey de los godos» á quien no queria ver demasiado poderoso, le libró la prematura muerte del mismo.

La consecuencia lógica de las dificultades en que por efecto de ello se encontró Suecia respecto de sus aliados, fué que estos se manifestaron cada vez mas inclinados á Francia, inclinacion que Richelieu aprovechó con habilidad suma para realzar la influencia francesa en los asuntos alemanes. Ya en la asamblea celebrada en Heilbronn en 1633 hemos visto á sus embajadores trabajar con éxito para conseguir dos cosas igualmente importantes para Francia: una, que los coligados alemanes continuaran resistiendo al em-

perador, es decir, que perseveraran en su alianza con Suecia, á fin de que no se robusteciera demasiado el poder de los Habsburgos, sus enemigos, y otra que la influencia del canciller sueco en esa liga de Heilbronn recientemente fundada no fuera demasiado grande, para que siempre se viera obligado á contar con Francia de donde sacaba sus subsidios. Unicamente así podía esperar Richelieu suscitar de continuo nuevas dificultades al emperador y seguir teniéndole en jaque á él y á España sin tomar directamente parte en la guerra que deseaba evitar y sin mas trabajo que pagar los subsidios á sus aliados. Con el mismo objeto intentó inducir á los Estados generales, que estaban dispuestos á llegar á un acuerdo con España, á que prosiguieran la lucha contra esta, prometiéndoles en un tratado firmado en abril de 1634 un millón de libras anuales en calidad de subsidios, á cambio de lo cual los holandeses se comprometieron efectivamente á continuar la guerra contra los españoles. De esta suerte pudo durante algunos años tomar parte indirectamente y oculto entre bastidores en la lucha entablada para derrocar el poderío europeo de los Habsburgos; y aun cosechó en ella, sin haber sembrado, algunos frutos directos que podían considerarse como los primeros triunfos en la senda que había de conducirlo al objeto tantos años perseguido de la conquista de la orilla izquierda del Rin. Citemos entre otros el hecho de que el elector de Tréveris, acosado por Gustavo Adolfo, se pusiera bajo el amparo de Francia y se manifestara dispuesto á cederle sus plazas fuertes de Philippsburg y Ehrenbreitstein. Con efecto, en mayo de 1632 los franceses habían ocupado esta última ciudad y en 7 de octubre de 1634 les fué cedida Philippsburgo, despues de haber sido tomada á los imperiales.

Muy pronto, sin embargo, pudo verse que era imposible prolongar por mucho tiempo esa situación de Francia, esa participación indirecta en la guerra de una potencia que aparentemente vivía en paz con el emperador y con España; pues, como era natural, estos no dejaron de trabajar en contra de Richelieu, y sus gestiones, aunque indirectas no menos sensibles, podían llegar á ser una amenaza para la situación dominante del cardenal en el interior de Francia.

Ya hemos dicho que á consecuencia de la manera de gobernar en el interior sin consideración á nadie y de las tendencias de la política exterior del cardenal existía gran tirantez de relaciones entre este y la reina madre y el presunto heredero del trono, hermano del rey, duque de Orleans. Esa tirantez llegó á un punto tal que la reina madre estimó prudente huir de Francia con su hijo menor y refugiarse en los Países Bajos españoles, es decir, en los territorios de su enemigo declarado, donde halló benévola acogida gracias sin duda á lo mucho que había trabajado en contra de las tendencias antiespañolas de la política de Richelieu. De nuevo su partido, que tuvo muchos adeptos entre la alta nobleza de Francia á la que Richelieu trataba sin consideración alguna, acometió una empresa armada contra el sistema de la monarquía francesa que representaba el cardenal. En esa lucha intestina, en la cual pereció el último de los Montmorency, tomó parte también contra Richelieu el duque de Lorena, igualmente protegido por España. El cardenal, que contaba con el favor absoluto del monarca, sofocó aquellas intentonas de rebelión y aun logró apoderarse de una gran parte del ducado de Lorena y extender con ello sus dominios mas hácia el Rin, completando en el otoño de 1632 la conquista del ducado con la toma de Nancy; pero todos esos acontecimientos contribuyeron naturalmente á aumentar de tal manera la enemistad entre Francia y España y Austria, que era inminente en breve plazo la declaración franca de la guerra. En este sentido trabajaba España abiertamente, y

el haber colocado un ejército mandado por Feria en la Alta Alemania y en Alsacia era un acto dirigido no solo contra los Países Bajos, sino mas bien contra Francia y contra los deseos de anexión de esta. Durante el verano de 1633, España hizo activísimas gestiones para fundar una gran liga antifrancesa y para dirigir contra Francia desde los Países Bajos y desde Alsacia un ataque que Wallenstein debía apoyar con una parte de su ejército; pero este general era, aunque por motivos muy distintos, resueltamente contrario á una guerra contra Francia porque comprendía perfectamente que una guerra así solo á España había de aprovechar, siendo este uno de los puntos de vista desde los cuales había declarado en contra de la organización del cuerpo de Feria. Wallenstein no quería que además de Suecia se mezclara también Francia en la guerra de Alemania, sino que alentaba la esperanza de terminar esta lucha por medio de una paz con los príncipes protestantes alemanes y hacer de esta suerte imposible toda intervención de los franceses. Pero su asesinato impidió que esa paz se firmara, y entretanto, es decir, durante el invierno de 1633 á 1634, los franceses consiguieron, sin necesidad de apelar á las armas, afirmar su planta en Alsacia, aprovechándose de que ya uno y otro de los beligerantes pusieron bajo su amparo alguna plaza que no se hallaban en estado de poder defender. De esta manera pasaron á poder de Francia sucesivamente Bischweiler, Neuweiler, Hagenau y Zabern.

Esa tendencia de buscar la protección francesa enfrente del creciente predominio del emperador, acentuóse también de día en día entre los Estados protestantes alemanes aliados con Suecia á medida que alcanzaban nuevos triunfos las armas imperiales. Richelieu naturalmente ahorró por su parte la mitad del camino á los que tales tendencias manifestaban; pero cuando los coligados de Heilbronn demostraron vivos deseos de que Francia se uniera francamente á los enemigos de los Habsburgos, el cardenal no se mostró en manera alguna dispuesto á ello, pues seguía acariciando la esperanza de poder mantenerse en actitud expectante y quería como antes conseguir por medio de palabras alentadoras y de socorros pecuniarios que los vencidos adversarios de los Habsburgos continuaran la lucha.

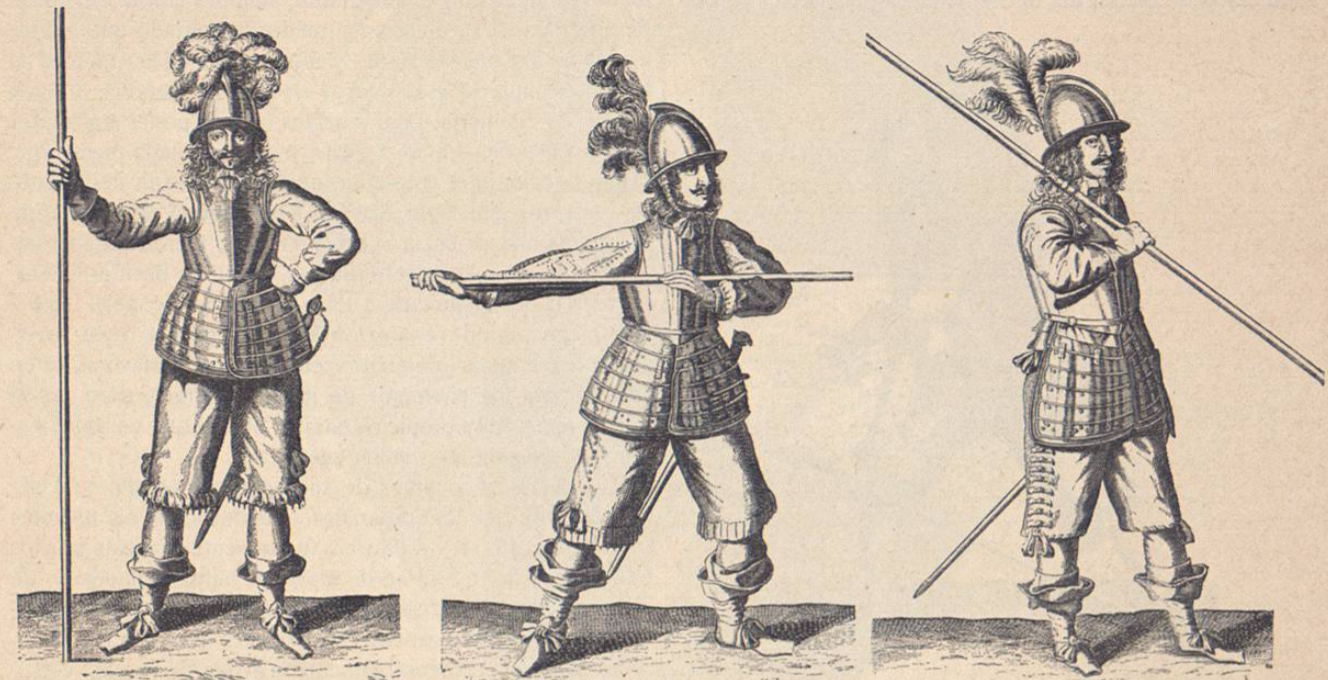
A este fin dedicaron sus esfuerzos los dos embajadores, de la Grange aux Ormes y Feuquieres, á quienes Richelieu había enviado á la asamblea que los coligados de Heilbronn celebraron en Francfort en abril de 1634. Allí fué donde aquellos diplomáticos lograron la cesión de Philippsburgo á los franceses, á pesar de la ruda oposición que en un principio hicieron á ella Oxenstierna y el duque Bernardo de Weimar, y donde intentaron por vez primera, aunque al principio en vano, atraer á la causa de Francia al duque Bernardo mediante una pensión que le ofrecieron. Pero, por mucho que quisieran conservarse independientes de Francia, la deplorable conducta de sus aliados alemanes impulsó poco á poco á Oxenstierna y al duque á arrojarse en brazos de los franceses. Los Estados, á pesar de los constantes progresos de los imperiales, persistían, ayudados por Francia, en su oposición á Oxenstierna, de suerte que este se vió precisado á manifestar que si su conciencia no le vedara abandonar su puesto, preferiría ser porquero á tener que presenciar la imposibilidad de convencer ó de obligar á los Estados á que ayudaran á la obra de defensa á pesar de tener medios suficientes para ello.

Cuando se recibió la noticia de la batalla de Nordlinger había desaparecido toda cohesión entre los Estados de Heilbronn, los cuales pedían entonces con mas insistencia que nunca que Francia rompiese abiertamente con el emperador. Richelieu, sin embargo, persistía en limitarse á auxiliar

á los aliados con dinero y con tropas, y decimos con tropas porque se hablaba de un cuerpo auxiliar de 6.000 hombres que había de ser mandado por un príncipe perteneciente á la liga. Y aun para este apoyo imponía condiciones algo duras, pues pedía que se garantizase el ejercicio de la religión católica en todos los territorios ocupados, que se admitiera en la liga á todos los príncipes católicos que se separasen del emperador ó por lo menos que se les concediera la neutralidad, que se señalaran puntos á propósito por donde pudieran los franceses pasar el Rin, etc., etc.

A fin de obtener de Francia mejores condiciones y sobre todo á fin de conseguir que interviniera abiertamente en la guerra, Oxenstierna y los coligados de Heilbronn enviaron

á fines de setiembre á París al doctor Loeffler y al consejero secreto Streiff para concertar un tratado definitivo en el cual el canciller sueco estaba dispuesto á consentir en la cesión de Alsacia á los franceses; pero entretanto, la mayor parte de aquel territorio había sido ya cedida á Francia por el conde rhenano acosado rudamente por los imperiales, de modo que los embajadores no tuvieron otro remedio que aceptar las condiciones mas desventajosas. Los franceses, á cambio de la cesión de toda la Alsacia, solo querían obligarse á organizar en Alemania por medio de Feuquieres un ejército de 14.000 hombres que al mando de un francés se pondría al servicio de la liga de Heilbronn, es decir, que no debería ser considerado como un ejército de Francia: ó en otros tér-



Piqueros de la infantería de Luis XIV

(Facsimiles de *Le Marechal de Bataille, contenant le maniment des armes, les evolutions, etc. Par de Lostelneau, Marechal de bataille des camps et armées de sa Majesté, sergent major de ses gardes françaises. Paris MDCXLVII*)

minos, que Richelieu seguía negándose á declarar abiertamente la guerra al emperador. Como Oxenstierna solo había consentido en la cesión de Alsacia para el caso de que tal declaración se hiciera, se encolerizó al saber que los embajadores, excediéndose en las instrucciones recibidas, habían admitido el tratado sin hablar del rompimiento de Francia con el emperador, y cuando en la asamblea de príncipes reunida en Worms en diciembre de 1634 se puso á discusión ese proyecto de tratado de 1.º de noviembre, se negó á aceptarlo fundándose también especialmente en que muchas de sus estipulaciones estaban en contradicción con la alianza particular existente entre Francia y Suecia. Una de las cosas que mas incomodaron al canciller fué la solución dada á la cuestión de los subsidios, porque estos, segun ese nuevo tratado de París, no debían ser satisfechos á los suecos, como hasta entonces lo habían sido por virtud del tratado de Barwalde renovado en Heilbronn, sino á la liga. En una palabra, Oxenstierna se negó resueltamente á dar su aprobación á aquel tratado, y cuando, á pesar de ello, una gran parte de los coligados de Heilbronn se declararon dispuestos á aceptarlo, aplazó la asamblea para el mes de enero del año siguiente. Pero cuando llegó el momento de la reapertura nadie acudió á la cita, excepto unos pocos Estados que se habían refugiado en Worms, no pudiendo hasta el 17 de febrero abrirse la asamblea, en la cual tuvo influencia deci-

siva Feuquieres, que se presentó en ella el día 18. Sin embargo, despues de algunas dificultades, se logró llegar á un acuerdo por lo menos en un punto: Bernardo de Weimar obtuvo el mando en jefe del ejército coligado, si no con toda la independencia y con todas las atribuciones que deseaba, á lo menos en condiciones que creyó poder aceptar, como en efecto aceptó en 12 de marzo. Segun estas condiciones, el directorio y el Consejo de la liga tenían el derecho de enviar diputados al campamento para velar por los derechos de los Estados. Además de esto, las atribuciones de Bernardo en los asuntos militares quedaron considerablemente limitadas. En cambio, los Estados se comprometieron á pagar y á mantener al ejército y á satisfacer á Bernardo una pensión personal de 3.000 thalers anuales y 1.000 para gastos extraordinarios. Lo que resultaba sumamente dudoso era si esas concesiones pecuniarias se quedarían, como otras anteriores, en el papel; es decir, si los Estados estaban en disposición de hacerlas efectivas, pues muchos de estos, casi todos los de la derecha del Rin, habían sido expulsados de sus territorios por los imperiales, y los de la izquierda tenían que sufrir mucho á consecuencia de los acuartelamientos de los franceses y de sus propios aliados, y la mayoría de unos y otros no veía otra salvación que la intervención franca de Francia en la guerra.

En realidad la situación política general también lo exigía

así. De no querer renegar de la política exterior que hasta entonces había seguido, Richelieu tenía que resolverse á dar mas ó menos tarde el paso decisivo, tanto mas cuanto que Oxenstierna seguía negándose enérgicamente á aceptar aquel tratado de noviembre, á pesar de que los coligados de Heilbronn lo habían firmado é incluido en el acta final del congreso de Worms de 30 de marzo de 1635. Con ello aumentó la tirantez de relaciones entre el canciller sueco y sus aliados alemanes poco dispuestos á hacer grandes sacrificios, haciéndose cada vez mas patente la imposibilidad de continuar la lucha en tales circunstancias. Hablábale ya de que Oxenstierna, dado aquel estado de cosas, no tenía mas remedio que firmar la paz con el emperador, y aun entre los Estados aumentaba de día en día el deseo de aceptar la paz de Pra-



Piquero de la infantería de Luis XIV en actitud de defensa contra un enemigo (Facsimile)

ga. Por su parte, los imperiales se esforzaban públicamente, aunque sus esfuerzos eran inútiles, en inducir al duque Bernardo de Weimar, el mas resuelto y convencido adalid de la causa protestante, á que se adhiera á aquella paz.

Los imperiales, en tanto, adquirían cada vez mayor supremacía en los campos de batalla por efecto de una serie de victorias que eran peligrosas y á la vez humillantes para Francia. En enero de 1635 y á la vista de los franceses reconquistaron á Philippsburgo, y poco despues se presentaron en la orilla izquierda del Rin el duque de Lorena y Juan de Werth, el primero de los cuales, apoyado eficazmente por el emperador, anunciaba los mas temerarios propósitos, diciendo que iría á París y que una vez allí sustituiría las flores de lis por la doble águila, y aun llegó á circular el rumor de que la liga antifrancesa, como representante de la cual se consideraba al duque de Lorena, se proponía sentar á este en el trono de Francia. Por otra parte, era indudable que España no cesaba de apremiar para que se dirigiera contra Francia un vasto ataque. Los Estados generales se hallaban en situación cada día mas apurada por efecto de las operaciones del cardenal infante. ¿Qué sucedería, pues, el día en que este por el Bajo Rin y el duque de Lorena por el Alto Rin se dirigieran contra Francia simultáneamente? Richelieu no se hacía ilusiones respecto de la enemistad que hacía él sentían los españoles, y por esto resolvió romper abiertamente con ellos en primer lugar. Su propósito era dar á su rompimiento las mayores proporciones, organizando una gran liga anti-

española en la cual quería hacer entrar á Inglaterra y á los Estados de Italia. Sobre esto siguieron activísimas negociaciones sus embajadores durante la primavera de 1635. Era preciso ante todo estrechar mas la alianza con los Estados generales, si se quería poner á estos en condiciones de poder seguir luchando contra España; y ya en febrero se llegó en lo principal á un acuerdo sobre una alianza ofensiva con ellos que en 23 de abril de 1635 ratificó Luis XIII, y en virtud de la cual comprometíanse ambas potencias á luchar juntas contra España, cada una de ellas con 30.000 hombres. En su consecuencia, el día 19 de mayo Francia declaró solemnemente la guerra á España.

En cambio, todavía vacilaba Richelieu en iniciar francamente la lucha con el emperador, siempre con la esperanza de que lograría su objeto por medio del tratado que habían aceptado los coligados de Heilbronn, es decir, merced al apoyo pecuniario y al cuerpo de ejército auxiliar francés que se les facilitaría. Los esfuerzos hechos por el embajador que Oxenstierna envió á París, y que era nada menos que Hugo Grocio, para conseguir una dulcificación del tratado de París, ó mejor, para sustituir á este con la renovacion de la antigua alianza entre Suecia y Francia, fueron durante largo tiempo completamente inútiles. Al fin se decidió Oxenstierna á ir personalmente á París: el día 20 de abril llegó á Compiègne, donde á la sazón se encontraba la corte, precisamente en unos momentos en extremo desfavorables en general para los enemigos de los Habsburgos, pero por la misma razon muy propicios para el objeto que en aquel entonces perseguía el canciller sueco.

En efecto, poco antes de su llegada se recibió en París la noticia de que los imperiales obtenían cada día mayores triunfos en la línea del Mosela fuertemente ocupada por los franceses y de que el 26 de marzo se habían apoderado de Tréveris haciendo prisionero al elector, que se había acogido al amparo de Francia. Era evidente que para esa lucha se necesitaba indispensablemente la ayuda de Suecia, y estimándolo así, Richelieu se manifestó desde luego dispuesto á renovar su alianza con aquella potencia. No se habló ya del tratado de Noviembre y antes bien se llegó pronto á un acuerdo para la renovacion de la alianza de Barwalde-Heilbronn, renovacion que quedó firmada ocho dias despues de haber llegado Oxenstierna á Compiègne (28 de abril). Los dos Estados se obligaron á no firmar mas que juntos la paz con la casa de Austria, «con la cual se encontraban entonces en guerra,» y ambos declararon que, cumpliendo con sus compromisos, querían apoyar á los Estados protestantes de Alemania; Suecia hizo la concesion de no oprimir la religion católica en los territorios en donde estuviere establecida desde 1618, y Francia, en cambio, prometió proteger á Suecia en los territorios conquistados por Gustavo Adolfo y que los Estados alemanes le habían dejado como prenda de sus derechos, ayudándola á reconquistar los que había perdido.

A pesar de que este tratado, como se ve, colmaba todos los deseos que había acariciado Oxenstierna, este quiso que la validez del mismo dependiera de la ratificación de su reina, porque de este modo podía ejercer una saludable presión sobre Francia haciendo que aquella ratificación no se realizara hasta que fuese un hecho el rompimiento de Francia con el emperador.

En efecto, Richelieu optó abiertamente por la guerra é hizo los mayores preparativos para emprenderla en gran escala, movilizandole nada menos que cuatro grandes ejércitos: uno, mandado por Chatillon y de Breze, que debía operar en los Países Bajos; otro, á las órdenes de Crequi, en Italia; el tercero, al mando de Rohan, fué enviado á Suiza para

ocupar los pasos alpinos de la Valtelina é impedir que los españoles lanzasen desde Italia nuevas tropas al teatro de la guerra en Alemania, y finalmente el cuarto, dirigido por La Force, debía ser utilizado en territorio alemán y tomar posiciones en Lorena en union del duque Bernardo de Weimar.

De manera que en el momento mismo en que Sajonia fir-

mando la paz de Praga desertaba de la causa protestante y parecía asegurar con ello la indiscutible preponderancia del emperador, el ingreso de Francia en la liga protestante restablecía el equilibrio de fuerzas y una nueva potencia extranjera intervenía en la guerra alemana. Lo que Wallenstein había con todas sus fuerzas intentado evitar se realizaba



CHARLES III DUC DE LORRAINE. Marchis Duc de Cal Bar &c. Fils de François Comte de Vaudemont et de Christienne de Salm, ses prem. armes furent employées au secours de la Religion et de l'Empereur Ferdin. II à la Bataille de Prague, contre le Roy de Bohême ou il mena 4.500. hommes. Après la Bataille de Leipzig ce Duc passa le Rhin, et arresta le cours des progrès des Suedois, commandant l'armée Imperiale confédérée contre eux. Il contribua beaucoup au gain de la bataille de Nortlingen, et prit les Generaux Horn et Gratz prisonniers. Deffit le Wirtemberg, combattit le Duc de Weimar aux bords du Mein, l'empescha d'assieger Besancon, fit lever le siege de Dole, combattit heures aux attaques de Poligny, et de Brisac, et mit en route l'armée Françoise à Dullingen. Ayant commandé en Allemagne et en l'alandre diverses armées pour l'emp. et le Roy d'Espagne avec beaucoup de valeur, il a épousé la Duchesse Nicole de Lorraine sa cousine germaine, fille aisnée de Henry Duc de Lorraine et de Bar, et de Marie guerite de Gonzague.

A Paris chez Darrat avec privil. du Roy 1632.

Enrique IV de Lorena. Facsimile reducido de un grabado anónimo de la época

por efecto de la tendencia española que impulsaba la política de la corte imperial.

LAS CAMPAÑAS DE 1635 Y 1636. MUERTE DEL EMPERADOR FERNANDO II

Para que la alianza entre Suecia y Francia tuviera importancia completa para la guerra y por ende pará los fines de Richelieu, era preciso que los suecos tuvieran plena libertad de acción por el lado de Polonia. En setiembre de 1635 terminaba el armisticio concertado por mediacion de Francia en 1629: renovarlo y convertirlo en una paz duradera, tal había de ser la primera tarea de la política francesa, pues de estallar nuevamente aquella guerra Suecia se había de

ver obligada á retirar todas sus fuerzas de Alemania. Era tanto mas necesario evitar esto cuanto que el ejército francés, á pesar de sus formidables aprestos militares, no había alcanzado grandes laureles, pues ni en los Países Bajos ni en el ducado de Lorena pudo conseguir los triunfos que esperara, y antes bien, á no haber sido por el poderoso auxilio del duque Bernardo de Weimar, hubiera sufrido las mas sensibles pérdidas.

De aquí que Richelieu enviara á uno de sus mas hábiles diplomáticos, el conde d'Avaux, á Stuhmsdorf, en donde desde la primavera de aquel año los embajadores de los diversos Estados europeos ocupábanse unos en buscar una avenencia entre Suecia y Polonia y otros en dificultarla, porque mientras el partido hispano-católico deseaba, como era lógico,